

Catecismo 683 – 686 Creo en el Espíritu Santo

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Estos cuatro primeros puntos de este artículo, nos ponen en contexto de este artículo del credo: Creo en el Espíritu Santo.

Me vais a permitir que comience leyendo el punto 685:

Punto 685:

Crear en el Espíritu Santo es, por tanto, profesar que el Espíritu Santo es una de las personas de la Santísima Trinidad Santa, consubstancial al Padre y al Hijo, "que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria" (Símbolo Niceno-Constantinopolitano: DS 150). Por eso se ha hablado del misterio divino del Espíritu Santo en la "teología trinitaria", en tanto que aquí no se tratará del Espíritu Santo sino en la "Economía" divina.

Se hace una explicación de que es de lo que se trata, en unas partes del catecismo y que es lo que se ha reservado para este momento. Es decir, que no es la primera vez que el catecismo habla del Espíritu Santo; ya en el punto 282, cuando se comenzó hablando de Dios, se hizo una explicación de la Trinidad: El Padre es revelado por el Hijo, el Padre y el Hijo revelados por el Espíritu Santo, la formulación del dogma Trinitario... Todo esto está explicado ya en el catecismo.

El catecismo ha reservado para este momento lo que se llama "la economía divina". Este es un concepto teológico, también llamada "economía de la salvación".

En el catecismo, en los puntos 258 al 260 se habla de "la economía de la salvación:

- *258 Toda la economía divina es la obra común de las tres Personas divinas. Porque la Trinidad, del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación (cf. Concilio de Constantinopla II, año 553: DS 421). "El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres principios de las criaturas, sino un solo principio" (Concilio de Florencia, año 1442: DS 1331). Sin embargo, cada Persona divina realiza la obra común según su propiedad personal. Así la Iglesia confiesa, siguiendo al Nuevo Testamento (cf. 1 Co 8,6): "Uno es Dios [...] y Padre de quien proceden todas las cosas, Uno el Señor Jesucristo por el cual son todas las cosas, y Uno el Espíritu Santo en quien son todas las cosas (Concilio de Constantinopla II: DS 421). Son, sobre todo, las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo las que manifiestan las propiedades de las personas divinas.*

- **259** Toda la economía divina, obra a la vez común y personal, da a conocer la propiedad de las Personas divinas y su naturaleza única. Así, toda la vida cristiana es comunión con cada una de las personas divinas, sin separarlas de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae (cf. Jn 6,44) y el Espíritu lo mueve (cf. Rm 8,14).
- **260** El fin último de toda la economía divina es la entrada de las criaturas en la unidad perfecta de la Bienaventurada Trinidad (cf. Jn 17,21-23). Pero desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad: "Si alguno me ama —dice el Señor— guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14,23).

«Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo para establecerme en ti, inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la eternidad; que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de ti, mi inmutable, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de tu Misterio. Pacífica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo. Que yo no te deje jamás solo en ella, sino que yo esté allí enteramente, totalmente despierta en mi fe, en adoración, entregada sin reservas a tu acción creadora» (Beata Isabel de la Trinidad, Oración)

La teología trinitaria, habla del "SER DE DIOS": quien es Dios, como es Dios, y la **economía divina** habla más bien **de como actúa Dios**, de cuál es el orden de su actuación, de cuál es la finalidad que persigue. A eso se refiere esa distinción que hace aquí el catecismo. Por tanto, en esta aparte no se habla tanto de la Teología Trinitaria (de cómo es Dios), sino cual es la economía divina en el Espíritu Santo: **cuales son las formas y los caminos de actuación, los caminos por los que quiere llegar a nosotros.**

No es lo mismo "el ser que el actuar". No es lo mismo hablar de cuales fueron los acontecimientos de la redención por los que hemos sido salvados (como pudo ser la elección del pueblo de Israel, la promesa de un salvador, el nacimiento de Jesucristo, su vida pública, su muerte, resurrección, ascensión) estos son los acontecimientos de la salvación.

Sin embargo, la economía de la salvación: **"ese Padre que envió a su Hijo, como lleva ahora, adelante su plan de salvación para nosotros.** Ese es el plan divino de salvación.

Una cosa es la "redención objetiva" y otra la "redención subjetiva":

"Objetivamente" hablando Cristo nos salvó por su muerte y resurrección.

"Subjetivamente" hablando como se nos aplica a cada uno de nosotros esa salvación obtenida por Cristo en su muerte y resurrección.

Lo que era para todos, hay que procurar hacerlo propio: abrirse personalmente a esa salvación, se te aplique a ti.

Por eso podemos decir que la economía divina de la salvación está ligada a la gracia y a los sacramentos. Es a través de la gracia como se nos comunica esa salvación que Cristo obtuvo para nosotros.

Este misterio nos da a entender que "la economía de la salvación" se inaugura en pentecostés y que actúa a través de la Iglesia: **es el Espíritu Santo el agente principal de esta economía o plan divino de salvación.**

El Señor quiere que no se desperdicie ni una sola gota de la sangre derramada en el calvario.

En algunos cuadros flamencos se ha solido representar a unos querubines con unos cálices recogiendo las gotas de la sangre de Cristo en la cruz; podíamos decir que la economía de la salvación es esa sangre que ha sido recogida en esos cálices que son la imagen del Iglesia.

Otro ejemplo es: Del mismo modo que Dios modeló el cuerpo del hombre del barro de la tierra y luego le “insufló” el Espíritu –imagen del alma-, del mismo modo Cristo formó el cuerpo de su Iglesia –con la elección de los apóstoles...-, pero luego le “insufló” el Espíritu Santo en Pentecostés, y paso a ser una Iglesia viva; y la efusión del Espíritu Santo es el comienzo de la economía divina de la salvación.

Esta Iglesia que ha nacido del designio salvador del Padre, que Cristo inició en la tierra con su predicación y que consumó con su muerte y resurrección es **constituida por el Espíritu Santo en permanente fidelidad a Cristo a la espera de su venida gloriosa. NS**

El Espíritu nos incorpora a Cristo, a su palabra, a su ejemplo, a su vida. El Espíritu es la garantía de que permanecemos fundamentados siempre en la verdad de Cristo:

Juan 16, 13-15:

“Cuando venga El, el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso he dicho: recibirá de lo mío y os lo comunicará a todos.

Podíamos resumir de este texto de “como Jesús es plenamente consciente de esa economía de la salvación, ese plan de Dios para transmitirnos a nosotros la salvación obtenida por Cristo, comienza en pentecostés.

Punto 683:

"Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Co 12, 3). "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (Ga 4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. Él es quien nos precede y despierta en nosotros la fe.

Nuestro primer contacto con Cristo es porque hemos sido atraídos por el Espíritu Santo. Podemos tener la percepción errónea de que el acto de fe es un “acto de mera opción personal” “Yo opto por Dios”: **“No soy vosotros los que me habéis elegido a mí, soy Yo el que os he elegido a vosotros”.**

La fe, antes que una elección nuestra, es **una atracción de Dios hacia Él**. Eso no quita que haya ahí un acto libre por nuestra parte, donde nos adherimos a Él. Nadie puede ir al Padre, si el Padre no lo atrae.

Tenemos que pensar que el acto de fe nuestro, es también fruto de un influjo de la gracia en nuestros corazones. Es algo parecido al enamoramiento, en el acto de amor ha habido antes un “enamoramiento”, una “atracción”. Después del enamoramiento hay un acto de la voluntad eligiendo a

esa persona para el matrimonio (es una comparación, y como toda comparación se queda corta, pero puede servir para lo que estamos explicando).

Hay una gracia del Espíritu Santo que nos lleva a Cristo. El Espíritu Santo está actuando en nosotros antes de que lo hayamos conocido. Por eso resulta que es el “gran desconocido”.

1ª Corintios, 12, 3:

3 Por eso os hago saber que nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: «¡Anatema es Jesús!»; y nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino con el Espíritu Santo.

Pronunciar la palabra ¡“Mi Señor”!, supone una confianza en Jesús, esa confianza es fruto de que el Espíritu Santo nos ha asistido, nos ha hecho entrar en comunión con Jesucristo.

Continúa este punto:

Mediante el Bautismo, primer sacramento de la fe, la vida, que tiene su fuente en el Padre y se nos ofrece por el Hijo, se nos comunica íntima y personalmente por el Espíritu Santo en la Iglesia:

El Bautismo «nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir al Hijo; pero el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo» (San Ireneo de Lyon, *Demonstratio praedicationis apostolicae*, 7: SC 62 41-42).

El texto donde Felipe le dice a Jesús: “*Muéstranos al Padre y nos basta, y Jesús le responde: “¿Cómo dices muéstranos al Padre?, quien me ha visto a mí ha visto al Padre”*

Jesús es la ventana a través de la que vemos y nos adentramos en el misterio de Dios Padre. Por tanto si decimos eso de Cristo con respecto al Padre, lo mismo podemos decir del Espíritu Santo con respecto a Jesús.

La vida divina tiene su fuente en el Padre, es ofrecida por el Hijo, pero entramos en comunión personal e íntima con el Hijo por el Espíritu Santo.

En el bautismo tiene lugar esa “aplicación” concreta de Cristo: “*Nacer del agua y del Espíritu*”; es una imagen del nuevo testamento: El Espíritu Santo nos esta ingertando en Jesucristo.

Punto 684:

El Espíritu Santo con su gracia es el "primero" que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva que es: "que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo" (Jn 17, 3). No obstante, es el "último" en la revelación de las

personas de la Santísima Trinidad. San Gregorio Nacianceno, "el Teólogo", explica esta progresión por medio de la pedagogía de la "condescendencia" divina:

«El Antiguo Testamento proclamaba muy claramente al Padre, y más obscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento revela al Hijo y hace entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu tiene derecho de ciudadanía entre nosotros y nos da una visión más clara de sí mismo. En efecto, no era prudente, cuando todavía no se confesaba la divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo y, cuando la divinidad del Hijo no era aún admitida, añadir el Espíritu Santo como un fardo suplementario si empleamos una expresión un poco atrevida ... Así por avances y progresos "de gloria en gloria", es como la luz de la Trinidad estalla en resplandores cada vez más espléndidos» (San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 31 [Theologica 5], 26: SC 250, 326 [PG 36, 161-164]).

Es verdad que el Espíritu Santo es el primero en actuar en nosotros, es el primero en atraernos a Dios: el primer contacto con Dios lo hemos tenido en el Espíritu Santo; y lo curioso es que siendo el primero en actuar es el último en ser revelado

En antiguo testamento se revelo especialmente el Padre Dios; en el nuevo testamento se revela especialmente el Hijo Dios. Jesús comienza a revelar al Espíritu Santo: "*conviene que Yo me vaya para que venga a vosotros el Espíritu*"; y a partir de pentecostés –que es la tercera etapa de la revelación–, es cuando se revela especialmente el Espíritu Santo.

Estas son las etapas progresivas en la revelación de Dios: es la pedagogía de la "condescendencia divina" de San Gregorio Nacianceno, es decir: Dios "condesciende", se adapta a nosotros. Es el misterio de la paciencia de Dios. Dice Dios: "¿a ver cómo me revelo sin abrumarle?".

La fe del pueblo de Israel al principio fue una purificación del politeísmo: decía Israel: "¿Qué pueblo hay que tenga un Dios como lo tenemos nosotros?", dando por sentado que los otros pueblos tenían otros dioses; desde aquí hasta la fe en el único Dios pasa un tiempo: Dios tubo paciencia. "Los demás dioses son hechura de manos humanas, tienen boca y no hablan, tienen pies y no andan...".

Dios tiene con nosotros una revelación pedagógica de condescendencia, el Padre nos va atrayendo: **nos adentra en la intimidad divina.**

A Dios no le interesa que tengamos conceptos racionales de "como es Dios". Dios lo que quiere es INTRODUCIRNOS EN LA INTIMIDAD DE DIOS, esto es otra cosa y por eso lo fue haciendo poco a poco. Igual que un niño, conoce un aspecto del padre cuando es bebe, cuando es adolescente lo conoce más profundamente, y según va creciendo, crece también el conocimiento que tiene de su padre y de su madre. Así Dios.

Punto 686:

El Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo del designio de nuestra salvación y hasta su consumación. Pero es en los "últimos tiempos", inaugurados con la Encarnación redentora del Hijo, cuando el Espíritu se revela

y nos es dado, cuando es reconocido y acogido como persona. Entonces, este designio divino, que se consuma en Cristo, "Primogénito" y Cabeza de la nueva creación, se realiza en la humanidad por el Espíritu que nos es dado: la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna.

El Espíritu Santo actuaba desde el principio en unión con el Padre y el Hijo, pero se ha "revelado en estos últimos tiempos". Esto es importante, porque el Espíritu Santo que está actuando en nosotros sea acogido en nosotros como "PERSONA DIVINA", de esa manera reconocemos no solo que el Espíritu Santo está actuando en nosotros, además reconocemos en El a una "Persona" que nos quiere. Podemos tener con el Espíritu una intimidad personal porque ya se nos ha develado.

El designio de Dios en Cristo ha sido consumado en Cristo, pero ha sido realizado por el Espíritu Santo.

Podemos decir que Pentecostés, la venida del Espíritu Santo en la "economía divina", es "la fiesta de la fecundidad del sacrificio de Cristo". Cristo nos obtuvo la salvación y el Espíritu Santo la hace fecunda en nosotros.

Además tenemos la oportunidad de entrar en comunión personal con el Espíritu Santo.

La Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna.

Esta es la economía de la salvación en la que el Espíritu Santo hace fecundo el sacrificio de Cristo. En la confesión –por ejemplo- el Espíritu Santo hace fecundo en nosotros lo que fue la redención de Cristo en el calvario.

Lo dejamos aquí.